

Rubén Darío: humanismo y profecía

GRACIELA MATURO

*Pontificia Universidad Católica Argentina
Argentina
gmaturo@gmail.com*

Resumen: Rubén Darío había llegado a Buenos Aires desde su Momotombo natal, como gozne consciente de mundos separados en el tiempo y en el espacio: traía noticias de viejos troncos y de nuevos retoños a la comunidad cultural del Sur de América por la cual se sentía curiosamente atraído. Era un vate sagrado, ajeno a la solemnidad que otros otorgan a la dimensión de la sacralidad. Pertenecía a una nueva y vieja manera de vivir el cristianismo, ligada al humanismo helenocristiano y al movimiento modernista de Alfred Loisy, que proponía la lectura actualizada de la Biblia, la libre interpretación y cruzamiento de textos, culturas y tradiciones en el crisol de una nueva oleada humanista que fue incomprendida por la Iglesia y hasta por algunos poetas.

Palabras clave: Rubén Darío – humanismo – misterio – belleza – vate

Rubén Darío: Humanism and Prophecy

Abstract: Ruben Darío had arrived in Buenos Aires from his native Momotombo, as a conscious joint of worlds, separated in time and space: he carried news of old trees and new burgeons to the cultural community of South America, for which he felt curiously attracted. He was a sacred bard, oblivious to the solemnity that others bestow on the dimension of sacredness. It belonged to a new and old way of experiencing the Christianity, linked to the Christian-Greek humanism and to the modernist movement of Alfred Loisy, who proposed the updated reading of the Bible, the free interpretation and crossing of texts, cultures and traditions in the crucible of a new wave that was misunderstood by the Church and even by some poets.

Keywords: Rubén Darío – Humanism – Mystery – Beauty – Bard

Hace ya veinte años, en 1996, en el Auditorio de esta casa de estudios (y casi solitariamente, pues ni el diario *La Nación*, del cual Darío fue corresponsal y colaborador eminente, ni otras instituciones pudieron o quisieron acompañarnos) celebramos el centenario de dos obras del genial poeta nicaragüense: *Los raros* y *Prosas profanas*; ambas habían sido publicadas en 1896 en Buenos Aires, esa gran aldea que quiso ser cosmópolis en el auge del modernismo.

Rubén Darío había llegado a ella desde su Momotombo natal, como gozne consciente —y más allá de la conciencia personal— de mundos separados en el tiempo y en el espacio: traía noticias de viejos troncos y de nuevos retoños a la comunidad cultural del Sur de América por la cual se sentía curiosamente atraído.

Era un vate sagrado, ajeno a la solemnidad que otros otorgan a la dimensión de la sacralidad. Pertenece a una nueva y vieja manera de vivir el cristianismo, ligada al humanismo helenocristiano y al movimiento modernista de Alfred Loisy,¹ que proponía la lectura actualizada de la Biblia, la libre interpretación y cruzamiento de textos, culturas y tradiciones en el crisol de una nueva oleada humanista que fue incomprendida por la Iglesia y hasta por algunos poetas. El colombiano José Asunción Silva consideró trivial y demasiado mundano el estilo poético de Darío, y más tarde el español Pedro Salinas, desde una supuesta ortodoxia, llegó a negarle su condición evangélica. Había demasiado amor a los “frescos racimos de la vida” en las prosas que el propio autor declaraba “profanas”, así como una sospechosa admiración por el irreverente Nietzsche y por los decadentes europeos a los que denominaba “raros”; eran llamativas sus aproximaciones entre lo antiguo y lo moderno, entre la liturgia católica y el hermetismo universal, y heterodoxa su plural exaltación de la carne, el alma y el Espíritu.² Luego de la muerte de Rubén, poeta y obras fueron olvidados. Sin embargo, los primeros libros de algunos autores considerados “de vanguardia” le eran deudores. Me refiero a *Los heraldos negros* de César Vallejo, *Los aguilucho*s de Leopoldo Marechal, y acaso las primeras obras del chileno Vicente Huidobro, como *Ecos del alma* y *La gruta del silencio*, anteriores a sus manifiestos parricidas.

¹ Alfred Firmin Loisy (1857-1940) fue un teólogo, profesor y sacerdote católico romano, entre sus obras destacadas podríamos mencionar: *La naissance du Christianisme* (1948) y *Les origines du Nouveau Testament* (1950).

² No es el momento de plantear cuestiones teológicas, pero es evidente que los tiempos han cambiado mucho. Tengo presente una obra sobre el Tarot, sin nombre de autor, prologada por el eminente teólogo Hans Urs von Balthassar, quien pudo ser el autor encubierto, o al menos le ofreció su respaldo.

Hace pocos meses, en una conmemoración de Rubén Darío que hizo nuestro Centro de Estudios Poéticos “Aletheia”, recordé aquel verso ambiguo de Enrique González Martínez: “Tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje” (Martínez, *Los senderos ocultos*), que pudo ser interpretado como el fin del preciosismo retórico de los modernistas. Según tal lectura, era preciso terminar con la poética de cisnes y castillos, condenable por irreal, y abocarse a la descripción de la vida moderna en su vulgaridad. Aquella frase de cuño mallarmeano pudo ser leída como un modo de clausurar la tradicional escucha de los mitos, pero podía abrir —en una lectura más profunda— el anuncio del tiempo de oscuridad —el “olvido del Ser”— que se apoderó de las naciones y aún asfixia a la humanidad. El cisne, antiguo símbolo del Espíritu, amante de Leda y fecundador de ninfas mitológicas, debía morir en nuevo rito de holocausto, sin que se pensara que —como lo anunció San Juan de Patmos— habría de renacer en el final de los tiempos. Por otra parte, ¿habría un final para la orgullosa Modernidad?

No todos los lectores están en condiciones de acercarse a la poesía o al relato mítico desde una interpretación espiritual, próxima a la *lectio divina* de los medievales. Sí lo hizo admirablemente otro poeta humanista, —y como tal, clasicista y filólogo— don Arturo Marasso, cuya lectura señera nos ha orientado siempre en lides literarias. Recordemos las palabras de Marasso cuando comenta el poema “El cisne”, incluido en *Prosas profanas*:

El cisne es un tema mítico en Rubén Darío. Tema en ciertos aspectos grandioso, viene de Grecia, está viviente en el helenismo inextinguible, en Horacio, en la Edad Media, en la heráldica; se renueva en la pintura del Renacimiento, adquiere actualidad apasionada en Wagner y en sus críticos, está presente en la poesía moderna. [...] Darío, poeta simbolista, es wagneriano, como los adeptos de la orden Rosacruz, entre ellos Péladan, tan leído por el poeta [...]. Darío trae a este soneto el misterio simbólico (Marasso, *Rubén Darío y su creación poética*, 118).

Sabía el maestro riojano que la síntesis poética permite acumular toda la tradición en una imagen: “El olímpico cisne de nieve / con el ágata rosa en el pico...” era mucho más que una figura decorativa. La dimensión de la cultura literaria en Darío era enorme, solo comparable a su privilegiada intuición simbólica, que le permitió reconocer tempranamente la sabiduría espiritual de los

clásicos griegos, encubierta en el velo de figuras y mitos. Tomando como emblema la figura de Orfeo, esa corriente irradió desde Italia hacia los poetas de Europa y luego hacia la América hispánica, alcanzando las décadas finales del siglo XIX con el llamado “modernismo”. Tal movimiento, liderado por Darío en el campo literario, pero con una oculta dimensión teológica, exaltó el potencial del Arte como camino conducente a la autotransformación del hombre. Algunos intuyeron parcialmente este rumbo, pero el momento propicio, el *kairós*, no había llegado aún.

En grado sumo tuvo Darío los dones que caracterizan a un gran poeta. Conjugaba el perfil del poeta músico y orfebre, propio de la cultura griega, con el perfil hebreo del profeta, el iniciado en los misterios. Su *filocalia*, la filosofía del Amor y la Belleza, le venía a través de los simbolistas franceses, de aquel brillante período llamado por Burckhardt “Renacimiento”, en que filósofos y poetas cristianos relevaron en su fuente a los maestros griegos. Ya el propio Santo Tomás (como lo ha mostrado Julio R. Méndez en su obra *El amor fundamento de la participación metafísica*) había incorporado el Amor como principio fundamental del Universo, asentando que la Belleza es el atributo divino que justifica al Amor y lo hace actuante, dando sentido al mundo y a sus formas. El Amor va en busca de la Belleza, que puede ser considerada uno de los nombres de Dios; y a su vez el Ser —nos dirá luego Martin Heidegger, en particular en los trabajos de *Arte y poesía*— se manifiesta al hombre a través de la obra de arte. Este legado de Diótima a Sócrates, retomado por el filósofo, había sido afirmado ya por una larga tradición de poetas.

En esa dirección ocurre que la naturaleza, marco primario de la vida, se convierte en “libro” donde el hombre se halla ineludiblemente destinado a aprender. *Natura magistra*, dijeron los latinos: la observación y la contemplación de las criaturas es el comienzo de un camino de sabiduría que comporta la transformación del contemplador en aquello que es contemplado. Y esto tiene aún otra consecuencia en el orden metafísico y religioso: como lo dice Marechal, al hallarse las formas ligadas entre sí por la analogía universal, e indisolublemente ligadas al Principio que las hace bellas, la contemplación de las criaturas se convierte en escala mística y vía metafísica hacia lo Uno. Lo intuyó Rubén desde sus comienzos, su formación lo orientó en ese sentido, y sus múltiples lecturas ampliaron y ratificaron esa enseñanza.

Por boca del poeta nicaragüense hablaba toda la historia occidental —y la anterior, ya asimilada— desde Homero y los grandes trágicos, pasando por el *Fedón*, hasta culminar en la lucidez de Baudelaire y Mallarmé, que visualizaron el drama de la Modernidad llegado a su punto más crítico. Era el tiempo en que se producía, a la vez, el aparente triunfo del hombre prometeico —y de la máquina, creada a su semejanza— junto con el sacrificio del hombre espiritual, el Cristo, símbolo teándrico. Nada de esto debería ser tomado como un desvío del cristianismo sino como su cumplimiento sacrificial, del cual Darío mismo es ejemplo.

La condición crística y victimal del poeta, anticipada por el elegíaco Garcilaso y el desdeñoso Góngora, vino a mostrarse crudamente en el siglo XIX con Baudelaire, en la figura de un majestuoso albatros caído en el fango.

En 1905, instalado en París, dentro del tiempo al que Jorge Eduardo Arellano denomina su “etapa cosmopolita: 1898-2016” (Arellano, *Rubén Darío transatlántico*, 7), Darío daba a conocer sus *Cantos de vida y esperanza*, en que presenta, a la manera romántica pero también baudelairiana, —que es, por así decir, un segundo momento del Romanticismo— su *cœur au nu*, vivamente tocado por la nítida visión del drama contemporáneo. Es preciso comprender ese nudo trágico del poeta en el límite de la Modernidad occidental: por un lado seguía creyendo en la vida del Espíritu, y en la palabra poética como su manifestación más evidente; por otro, chocaba con su propia época, al ver a los hombres entregados a la codicia, el afán de poder, el mercantilismo y la destrucción de la naturaleza, en función de su propio engrandecimiento.

Es preciso quitar la anteojera esteticista que nos impide reconocer en los grandes poetas a conductores éticos, profetas religiosos, maestros de la humanidad. Darío, nutrido en lo más noble de la tradición lírica occidental, vino a restaurar temporarily el reinado de la Poesía cuando lanzó sus eufóricas *Prosas Profanas*, anticipo videncial de su *Canto a la Argentina*, publicado dos años antes de su muerte.

El poeta nicaragüense —cuya obra teórica y crítica debería ser estudiada en los cursos de Teoría literaria— pronunció de modo clarividente esta frase, incluida en su novela autobiográfica: “Dios está en el Arte más que en toda ciencia y conocimiento” (Darío, *El oro de Mallorca*). Leopoldo Marechal, su preclaro y casi inconfeso discípulo, vendría a confirmar y hacer explícita esa

convicción al desplegar su poética metafísica en *Descenso y ascenso del alma por la Belleza* (1965).

Por otra parte, cabe recordar la fuerte y perceptible unidad existente entre la poesía de Darío y los artículos y ensayos donde se muestra con nitidez su reflexión teórica: *Los raros* (1896), *España contemporánea* (1901), *Peregrinaciones* (1901), *La caravana pasa* (1903), *Opiniones* (1906), *Historia de mis libros* (1909) y *Vida de Rubén Darío escrita por él mismo* (1915). Como lo han señalado Sáinz de Medrano, Arellano, Barcia, Zuleta y otros dariistas —y por mi parte, sin serlo, he profundizado una teoría poética que le pertenece totalmente— la obra entera de Darío desarrolla su poética y muestra su agudeza filológica, confirmando esa doble capacidad intuitiva y teórica que es propia de los grandes creadores.

En Darío se halla implícita y explícita una poética humanista americana que hemos venido rastreando, más allá del gusto epocal, desde los textos coloniales o indios en adelante. Una poética tal comporta el amor a lo bello, iniciado en la esfera sensitiva y plasmado en el lenguaje, a la par que una posición ético-religiosa y una celebración del mundo, la “belleza creada”, como diría Marechal. Piensa el poeta que en todo lo existente vive un alma, la platónica *anima mundi*, intuición primordial que lo induce a enlazar los distintos reinos, invocando una frase que cita por dos veces —en *Historia de mis libros* y el *Coloquio de los centauros*—: “como dice el divino visionario Juan, *hay tres cosas que dan testimonio en la tierra: el espíritu, el agua y la sangre, y estos tres no son más que uno* (Ep. B. Joannes Ap. V, 8)” (Darío, *Autobiografías*, 168).

Lo bello, que había sido borrado de los “universales” por filósofos y teólogos racionalistas, es para el nicaragüense una vía regia en el acceso al misterio real. Y esa condición encarnada de la Belleza pasa necesariamente, al alcanzar su expresión, por las formas del mundo. En el seno de tal mentalidad se produce una valorización de la esfera senso-perceptiva. La producción de la obra artística se funda en esa relación hombre-mundo, enriquecida y desplegada por la actividad imaginaria que es así recobrada como camino hacia la verdad. La estética de Rubén, no solo intuitiva sino profundizada en largo y constante estudio, es una estética de la encarnación y la redención, que insume un permanente aprendizaje en las formas mundanas, donde esplende y se manifiesta la belleza. San Juan de la Cruz así lo expresó proclamando que el Creador, a las criaturas todas, “vestidas las dejó de su hermosura” (San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*).

Largo sería hacer la fenomenología del humanismo poético rubeniano, y la historia de las lecturas poéticas —antiguas y modernas— en cuya simbólica percibió un imaginario espiritual capaz de encarnar sus más hondas intuiciones. Su maestro Francisco Gavidia le había enseñado a reconocer en Víctor Hugo las marcas de esa inmensa herencia poética y filosófica. Y a la par de los franceses, le había acercado también a Juan de Mena, Garcilaso, Góngora y Cervantes. Rubén estudió a los españoles, tanto primitivos como clásicos, antes de abrirse con curiosidad estética e intelectual al pensamiento y el arte del fin de siglo XIX europeo, que lo movilizó y condujo, en definitiva, a los orígenes de su propia tradición vernácula: el Parnaso francés lo remite a la fuente griega pero asimismo a los clásicos hispánicos.

En 1590 habían sido traducidas al castellano las *Metamorfosis* de Ovidio y desde entonces el mito griego, filosófico en su esencia, no hizo sino afirmarse en la creación literaria de españoles e hispanoamericanos, marcados por la latina afición a la imagen y la parábola. Rubén halló esa profunda conexión a través de los poetas de su lengua. Leer los versos barrocos de Balbuena o de Silvestre de Balboa es anticipar la escritura triunfante del poeta nicaragüense.

Reitero, Darío representa en grado sumo a las dos grandes tradiciones culturales de Occidente que confluyeron en el humanismo: la helénico-latina y la judeo-cristiana. Helénica es la imagen del poeta órfico, que pule su arte musical y espiritual. Pero el poeta hebreo es el profeta del Tiempo Histórico, marcado por su reticencia a las formas plásticas, y su conciencia contemplativa, ética, abierta a lo sagrado. Darío es ambas cosas: el poeta órfico, que conoce el alcance de su lira y la cultiva con sabia destreza despertando los secretos de su arte; y es también de modo eminente el profeta de una nueva etapa, aún no alcanzada por América y por la humanidad, en seguimiento del profetismo judeo-cristiano.

Si he recordado a Marasso como el gran estudioso del mito griego en la obra de Darío, es a mi ver otro poeta, el bilbaíno Juan Larrea, quien mejor ha descubierto la vocación profética de Rubén, ligada al destino hispanoamericano. Larrea ha señalado especialmente, en su obra *Rendición de espíritu*, la misión espiritual de España en la conquista de América. Al comentar la obra de Darío, releva la funcionalidad orientadora de todo poeta pero especialmente de aquellos señalados por su fidelidad al Verbo espiritual. Ellos son los heraldos, los

transmisores de una sabiduría oculta, los faros que iluminan territorios desconocidos, más allá del tiempo y el espacio.

El poeta debe “ordenar los números dispersos”, dice Larrea. En esa labor misional, su permanente guía es el Amor. Paralelamente el poeta vasco formula un concepto religioso del Verbo español, cuyo tratamiento poético conduce a cumbres videntes. La oscuridad de los tiempos hizo cada vez más difícil el ejercicio poético, la vida misma del poeta, autoconfigurado como marginal y mendicante en el festín de Occidente.

Larrea estudió especialmente *El canto errante*, obra a la que consideró la más intensa y deslumbrante de la etapa visionaria de Darío. Descubre en ella la presencia de Dante y la de Thomas Carlyle, cuya obra *Los héroes* (1841, traducida en los finales del siglo) conmocionó a algunos ambientes intelectuales. En Dante habría encontrado Darío definitivamente un orden supervisional; el capítulo “Natural Supernaturalism” de la novela *Sartor Resartus* de Carlyle —quien descubre el poema como un *pensamiento musical*— le permitió ofrecerse como ejemplo para los nuevos poetas de España y América. A la muerte de Mitre retomaría Rubén la traducción de *La Divina Comedia* que hiciera su amigo y protector. “Dante no se había limitado —afirma Larrea— a localizar la imagen del Purgatorio en el hemisferio antípoda de Jerusalem. Había previsto el cielo real de Sudamérica con sus cuatro estrellas cruciformes que se convertirían en la constelación de la Cruz del Sur...” (Larrea, *Intensidad del Canto Errante*, 27).

Darío recoge estas intuiciones en su poema “Dante”, al que luego dio el nombre de “Visión”. El sentimiento apocalíptico era connatural en él —recorremos, dicho sea de paso, que *apocalipsis* es un género, y no significa catástrofe como vulgarmente se dice, sino revelación de lo oculto. A los diecisiete años había compuesto el poema “El porvenir” y siempre alentó una mirada revelatoria sobre el tiempo histórico, sobre la realidad concreta de los hombres, apoyado en su fe, en su aceptación del sentido del todo. Para que lo eterno aflorara en la Historia era preciso atravesar el infierno del Mal. En sus últimos años consignó en cartas y ensayos su tesitura nietzscheana sobre la decadencia de Europa, a la que agregaba su convicción sobre el destino sobrenatural de América del Sur, en particular de la Argentina.

Larrea ha afirmado —en el citado estudio, rico en observaciones curiosas y poco difundidas— cuando comentaba el poema “Israel”, la relación que parece

establecer Rubén entre el pueblo elegido de la Biblia y el porvenir de América. Sobre ello dice: “De este modo expresaba [Darío] el destino paradisiaco de Hispanoamérica: *Cuando nuestro príncipe Cristo/ ponga su blanca mano sobre el infierno rojo...*” (Larrea, *La intensidad del canto*, 68). Consciente del tiempo del Anticristo denunciado por Nietzsche, el corazón profético de Rubén confiaba en la cercanía de la Luz, que sostiene toda su obra. Como anuncia en su poema “Pax”, creía firmemente en el advenimiento de “Aquel que fue anunciado por Juan, el de suaves cabellos” (Darío, *Antología complementaria*, 344).

Sus últimos años lo muestran plenamente dueño de su don profético, anunciando el fin del reinado del Mal sobre los hombres, el triunfo de la Verdad y la Poesía —es decir el Espíritu— sobre las tinieblas que parecían, y aún hoy parecen, imponerse en el mundo. Con la primera Gran Guerra se produjo un corte abrupto de la cultura humanista, que sobrevivió en algunos poetas y pensadores. Luego sobrevino una Segunda y terrible contienda, y nos hallamos hoy en medio de una encubierta Tercera Guerra que desgarró a la humanidad.

En la segunda década del nuevo Milenio, cuando no hemos alcanzado aún la salida del Laberinto o Infierno mundano, sentimos que retomar a Darío, releerlo sin prejuicios e incorporar su mirada es reconocernos a nosotros mismos a través de la palabra de un vate: un poeta genuino que, como decía Hölderlin, recibe la voz de Dios y está habilitado para transmitirla a otros.

Aproximarse a su palabra sin prejuicios es la ocasión de redescubrir el rumbo espiritual del Nuevo Mundo, preanunciado en el 1600 por Antonio de León Pinelo, explicitado a fin del siglo XVIII por el jesuita Manuel Lacunza³ y continuado luego por Castellani y Marechal. En medio de dolorosas realidades que vuelven increíble tal vaticinio, es lícito redescubrir las semillas del Tiempo Nuevo americano que Rubén anunciara con luminosa firmeza.

Referencias bibliográficas

ARELLANO, Jorge Eduardo, *Rubén Darío transatlántico*, Managua, Instituto Nicaragüense de Cultura Hispánica, 2014.

³Al respecto, me permito remitir a la obra de Jorge TORRES ROGGERO, *Últimas Noticias sobre el Anticristo*. Brujas, Córdoba, 2016.

GRACIELA MATURO

- BARCIA, Pedro Luis (ed.), *Escritos dispersos de Rubén Darío (recogidos de periódicos de Buenos Aires)*, estudio preliminar, recopilación y notas, La Plata, Universidad de la Plata, vol. I, 1968, vol. II, 1977.
- BONILLA, Abelardo, *América y el pensamiento poético de Rubén Darío*, San José, Editorial Costa Rica, 1967.
- DARÍO, Rubén, *Poesías completas*. Edición introducción y notas de Alfonso Méndez Plancarte, Madrid, Aguilar, 1954.
- *Autobiografías*, Edición de Enrique Anderson Imbert, Buenos Aires, Marymar, 1976.
- *El archivo de Rubén Darío*, epistolarios publicados por Alberto Ghiraldo, Ed. Bolívar, Santiago de Chile, 1940.
- *Prosas profanas*. Edición crítica por Ignacio M. Zuleta, Madrid, Castalia, 1995.
- *El viaje a Nicaragua e Intermezzo tropical*. Edición, prólogo y notas de Silvia Tieffemberg, Buenos Aires, Corregidor, 2003.
- *Antología Complementaria*. Edición Zepeda-Henríquez y Cuadra, Pablo Antonio, Nicaragua, Editorial Hospicio, 1966.
- *Marcha Triunfal*, edición crítica de Pedro Luis Barcia, Buenos Aires, Embajada de Nicaragua, 1995.
- GARCÍA MORALES, Alfonso (ed.), *Rubén Darío. Estudios en el Centenario de Los raros y Prosas profanas*, Salamanca, Universidad de Sevilla, 1998.
- GHIANO, Juan Carlos (comp.), *Rubén Darío (Estudios reunidos en conmemoración del centenario, 1867-1967)*, La Plata, Universidad Nacional de la Plata, 1968.
- HEIDEGGER, Martin, *Arte y Poesía*. Traducción de Samuel Ramos, FCE, México, 1958.
- LARREA, Juan, *Intensidad del Canto Errante*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1972; *Rendición de espíritu*, México, Cuadernos americanos, 1943.
- MARASSO, Arturo, *Rubén Darío y su creación poética*. Edición aumentada, Buenos Aires, Biblioteca Nueva, 1946.
- MARECHAL, Leopoldo, *Descenso y ascenso del alma por la Belleza*. Citerea, Buenos Aires, 1965.
- MARTÍNEZ, Enrique González, *Los senderos ocultos*, Mocorito, Sinaloa, 1911.
- MATURO, Graciela, “La filosofía del Amor en Rubén Darío” en Maturo, Graciela (comp.), *Jornadas de homenaje a Rubén Darío en el centenario de sus obras Los raros y Prosas profanas*, 14 y 15 de noviembre de 1996, Buenos Aires, Ediciones UCA, 1998, recogido en *Los trabajos de Orfeo*, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 2008.
- MÉNDEZ, Julio Raúl, *El amor fundamento de la participación metafísica: Hermenéutica de la “Summa contra gentiles”*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.
- URBINA, Nicasio, *Miradas críticas sobre Rubén Darío*, Managua y Miami, Fundación Internacional Rubén Darío, 2005.